

La Galliguera: de la Garoneta a Ardisa

J. A. Cuchi

Profesor de Universidad

En forma esquemática hay tres Gállegos. La cabecera, con sus cumbres, puertos ganaderos y bosques húmedos modelados por los glaciares del pasado que llegaron hasta Sabiñánigo. Hay un tramo medio por donde el río zigzaguea buscándose paso entre capas geológicas a través de las sierras prepirenaicas pobladas de bosques mediterráneos. Y al final el río surge entre mallos y llega a la tierra llana, se rodea de terrazas fluviales cada vez más amplias y más áridas hasta su desembocadura, donde solo sus riegos tradicionales dan color verde a los ocres veraniegos. En este ambiente, a lo largo de la historia se ha desarrollado la vida de muchas personas que viviendo junto a sus orillas, de forma breve o continua, se han asociado al río y a su morfología.

Aquí, nos quedamos en esa zona de transición, entre las zonas media y final, que se extiende desde la Garoneta hasta Ardisa. Se autodenomina, desde hace mucho tiempo a esta zona como la Galliguera, nombre que, como la Sotonera o la Guarguera, indican cercanía, vin-

culación y relación con el correspondiente río. La verdad es que no tiene unos límites precisos. Así, en la romería de la cabeza de Santa Orosia, en Yebrá de Basa refieren, como Galliguera por ejemplo a lugares al sur de Rapún hacia Ipiés y más abajo y lo diferencian de valle Mangue-ta.

Desde luego el río, y sus orillas son una vía de comunicación de primera categoría, como ya indica su nombre. Ha sido tradicional el paso de cabañas ganaderas. En La Peña confluían vías pecuarias que bajaban desde Bailo o del Aragón, que por Morán, Santolaria y Ardisa iban hacia Piedratajada y Sora. En la ralla de Murillo, el estrecho paso del “cuentacrabas” cumplía su función mientras que los malvados y temidos lobos, el de verdad y el cervero, se escondían en el monte de la Carbonera y daban lugar a numerosas historias.

Desde Zaragoza, los caminos históricos, romanos y medievales e incluso hasta mediados del XIX, subían por las terrazas del río hacia las, durante siglos, tierras de la familia Gurrea. Por allí discurrían por valles de ríos perdidos hasta Fontellas y esquivaban la gorgocha del Gállego a través de Marcuello, Pequera y el verdadero Escalete hasta retomar el río en la Garoneta, cruzarlo por el puente de Anzánigo y tirar hacia el norte por Bernués. Evidentemente fue una comunicación estratégica como bien sabían, en el siglo X, los navarros de Sancho el Mayor al fortificar los pasos hacia el Pirineo, o el valle del Ebro, según se mire. El paso clave era el castillo y poblado de Marcuello, donde significativamente el patrón de su iglesia civil era y es San Miguel que presenta huellas de balazos, quizás una emboscada durante la guerra de la Independencia o tal vez parte de la batalla de Linás, final de la intentona del general Pierrard en agosto de 1867 e inicio de la vocación médica de Santiago Ramón y Cajal. En ese dispositivo, el castillo de Loarre protegía el flanco oriental, mirando con desconfianza y codicia a las localidades musulmanas de La Sotonera, Huesca y más allá.

Volviendo al camino, en Ayerbe, parada y fonda de los trashumantes, reunió Alfonso el batallador, a los interesados en la conquista cristiana del Bajo Gállego y, sobre todo, Zaragoza. Es sabido que vinieron abundantes francos con intención de quedarse ya que se trajeron hasta sus advocaciones religiosas como san Licer, san Martín

y San Gil. Los cristianos bajaron a San Pedro (de Jaca) y San Juan (de la Peña). Santa Quiteria y San Roque llegaron después.

El trazado del camino del río tuvo importantes variaciones en el siglo XIX. Hacia 1860 se abre la carretera de Zaragoza a Francia por el cañón del río entre Murillo de Gállego y La Peña. Se reforzó con un nuevo y gran puente, destruido por una riada en agosto de 1942, aguas debajo de la primera localidad. Como ya Huesca era capital de provincia, el trazado de aquella abandonó el tramo bajo del camino de Ayerbe a Zuera. En la carretera se apoyó la construcción del ferrocarril, que llega a Sabiñánigo a finales del XIX siguiendo el río, en lugar de tomar la carretera que alcorzaba hacia Jaca por Bernués. Es verdad que se retomó por el ferrocarril Zuera-Turuñana, pero duró poco.

El agua del río, la carretera, el ferrocarril favorecieron la construcción de las primeras centrales eléctricas. Así, las obras de la central de Carcavilla comienzan en 1904, muy poco después del Salto del Lobo y la presa de la Peña se acaba en 1913. Estas obras, en conjunto, tuvieron evidente incidencia. Por ejemplo, formaron picapedreros que dejaron bonitas obras en Ayerbe y Biscarrués.

Por otro lado, el transporte de madera por el río, del que hay noticias desde el siglo XV, entró en competencia con el tren y se remató por

la construcción de La Peña. Los maderos, muchas veces encargos con contratos notariales, se unen en nabatas para facilitar transporte y control, en lo último para evitar “despistes” en la ribera. Muchas partidas se entregan para la “próxima pascua en la glera del Ebro” aprovechando el mayenco. La actividad era, evidentemente, peligrosa y el mayor riesgo era el paso del temido estrecho de la Peña donde más de una vez se cruzaron maderos. Las noticias de últimos nabateros del Gállego son hacia 1880 pero, todavía en los años 20 a 40 del siglo XX, los maderos del Asabón, antiguos dominios de los monjes de san Juan de la Peña, se flotaban sin atar hasta la estación de La Peña por el embalse. Últimamente se realiza una recreación entre Murillo y Santolaria que se realiza hacia el día de San Jorge.

Durante siglos, la energía del río mueve grandes molinos de grano como el “molinaz”, propiedad durante siglos de la poderosa familia de los Jordán de Urriés, señores de Ayerbe, pero situado en terrenos de la villa de realengo de Murillo. El conflicto, siempre latente, entre propietarios y municipios se agudizaba de tiempo en tiempo. Al final los molinos, y sus derechos al uso del agua se vendieron a los hidroeléctricos y esta energía alumbró Zaragoza a principios del siglo XX. La electricidad, en las “harineras modernas”, independizó la molienda de la vecindad siempre

peligrosa de las avenidas de los ríos, así como de las agonías de los estiajes. Además, eliminaba el costoso mantenimiento de los azudes y las acequias molineras. Por otro lado, el obligado paso de las nabatas por los azudes limitaba caudales y producía daños que implicaban el pago en especie, dos maderos por nabata en el molinaz para el señor del molino.

El paso del río también era un tema problemático. En aguas bajas, el Gállego se pasaba gratuitamente por los vados pero estos podían variarse por efecto de las avenidas y hubo casos de ahogamientos como un Ximenez de Murillo en el vado de Zuera. Con aguas altas esto ya no se podía hacer y había que acudir a barcas y puentes. Entre Zaragoza y Murillo hubo al menos una docena de aquellas, cuyo precio oscilaba en función del caudal. Uno de las tragedias mas sonadas, en 1894 ocurrió en la barca de Santolaria que zozobró durante una romería a la Virgen de Concilio por una sequía y murieron mas de 12 mujeres de diversas edades. Los puentes históricos, sometido a pago eran pocos. En el mapa de Labanha de 1615 solo aparecen el de Anzánigo, y los dos de la Peña, en Gállego y Asabón y hoy bajo el pantano y el de Murillo. De este se conocen hasta puentes diferentes, incluido el actual y su “puenting”.

Y por último, otra novedad del siglo XX es la construcción de embalses,

con sus correspondientes beneficios, aguas abajo en territorios alejados y sus impactos directos en el territorio inmediato. El denominado embalse de Biscarrués, del que hay al menos cuatro versiones en dimensiones decrecientes, lleva planeando sobre el tramo La Peña- Ardisa desde 1980. Son evidentes sus efectos negativos sobre las poblaciones inmediatas, especialmente sobre Erés, que, o bien la inundan, o a la ponen en riesgo de deslizamiento al fondo del cañón junto al que se asienta. Cualquier tipo de embalse en esta zona es una amenaza total sobre el turismo de aguas bravas donde sólo el descenso en barcas, supone hoy ingresos brutos de más de 3 millones de euros anuales. Como efecto directo, los niños llenan las guarderías y el CEIP Ramón y Cajal aspira, con todo derecho, a ser un IES. Tras más de 30 años de lucha contra el pantano, entre otras muchas cosas positivas, la organizada oposición local ha conseguido la anulación de la declaración de interés nacional, declaración de impacto ambiental y anulación del anteproyecto de pantano ante la Audiencia Nacional en julio de 2017. El pantano, observado con preocupación desde Bruselas, es una amenaza real para esta zona pero la lucha contra el mismo se ha convertido en una oportunidad para desarrollar la zona en materia económica y lucha contra la despoblación.





La calidad del agua del Gállego

En las actas del Ayuntamiento de Zaragoza de 1861 se menciona un estudio municipal donde, buscando el mejor abastecimiento para la ciudad, se declara la bondad de las aguas del Gállego frente a la peor calidad de las del canal Imperial, Huerva encima de Muel, manantiales de Piseque y Marlofa y del propio Ebro. También mencionan que, en 1857, las Juntas de los términos de la Camarera, Urdán y el Rabal, el Ayuntamiento de Zaragoza, la Diputación de esta provincia, y otras corporaciones hicieron una empeñada oposición a un proyecto denominado canal Sertoriano que regaría en la Hoya de Huesca, por la falta de caudales.

Un siglo y medio más tarde la situación es bastante diferente. El abastecimiento de Zaragoza y su entorno, que durante el siglo XX se confiaron al canal Imperial complementado por el Ebro en bombeo, hoy se realiza en buena parte directamente desde el río Aragón a través del canal de Bardenas. Y el deseo de toda localidad ribereña del Gállego es conseguir un abastecimiento que no tenga su origen en éste río por evidentes razones de calidad.

El problema viene de las consecuencias de la industrialización de Sabiñánigo que arranca en la primera guerra mundial con la instalación de industrias químicas que aprovechaban la energía hidroeléctrica que se producía en la cabecera del río. Durante décadas, sus residuos y los de la creciente localidad, de vertían, al estilo de la época, en cercanas cárcavas en el salagón.

Durante años no se detectaron problemas aguas abajo. Muchas localidades no tenían redes de abastecimiento de aguas y los niños y mujeres, iban a buscar aguas a la fuente del lugar que, con suerte, no estaba demasiado lejos. Se lavaba en barrancos y ríos. ¡Cuántas localidades aun conservan los viejos lavaderos, fuentes de mil historias locales!

En la década de 1960 se instalaron las redes de agua municipales y las casas se dotaron de agua corriente, servicios y duchas. En muchas localidades ribereñas, esto se realizó por elevación desde el Gállego que garantizaba mayores caudales que las fuentes y barrancos locales. Es verdad que tenía otro sabor, que se achacaba a la cloración y a las turbias del río. Los primeros problemas aparecieron como consecuencia de los vertidos de la papelera Celulosas del Pirineo, creada en 1956 en Sabiñánigo, cuyos vertidos puntuales de lejías negras afectaron a toda la ribera, incluso a los riegos. Hacia 1960 incluso se habló de un trasvase de aguas del Arga, Irati y Aragón a un gran embalse en Marracos (el denominado plan Susín) que, entre otros objetivos, aspiraba a diluir esta contaminación. Desaparecida la papelera, en su edificio se implanta en 1965 una fábrica de cerillas y al cerrar ésta, en 1975 aparece una nueva industria denominada Industrias Químicas del Noreste SA (INQUINOSA). En ella se hacía reaccionar cloro con benceno y producían hexaclorociclohexano (HCH), unas 27 toneladas/día del que extraían un isómero, el gamma, con



capacidad insecticida denominado lindano. El problema es que la fabricación dejaba un importante porcentaje de residuos no inocuos, del orden del 85% de la reacción. A veces la reacción no funcionaba y generaban residuos líquidos, también muy peligrosos. Los fabricantes ya conocían este problema dado que El HCH comenzó fabricándose en Hamburgo y hubo fábrica en Baracaldo antes que en Sabiñánigo. En el país vasco diseminaron toneladas de residuos en minas y autovías. En Huesca comenzaron a repartir de forma incontrolada, por no llamarla pirata, vertidos por varios lugares. INQUINOSA generaba unas 6800 t/año de sólidos y de 300 a 500 T/año de residuos líquidos (1500 T/año por otras fuentes) De forma más localizada se utilizaron los vertederos municipales de Sardas y Bailín. En el primero se vertieron unas 30.000 toneladas de residuo sólido y 3000 T de líquidos junto con residuos urbanos y los procedentes de ElIASA, en su mayor parte sosa caustica y lodos de hidrólisis en cátodos de mercurio. Pocos años más tarde, en el barranco de Bailín se ubicó una zona, sin ninguna protección para los residuos de INQUINOSA de los que se estiman 64.000 toneladas, 2000 a 3000 toneladas de líquidos y unas 350.000 toneladas de tierras contaminadas. Para mas complicación, la fábrica disponía de una puerta trasera que daba directamente al Gállego en el embalse de Sabiñánigo. De vertederos y fábrica,

los efluentes contaminados llegaban directamente al río como consta en informes técnicos

Es imposible detallar el largo proceso hasta la percepción de la triste realidad, desde los elevados salarios de los trabajadores de la empresa, la lenta actuación de las instituciones públicas y las desoídas actuaciones de grupos ecologistas. En 1995, la razón social desaparece dejando vertidos y un edificio que es saqueado de forma sistemática. La administración autonómica poco a poco toma cargo de la importancia del problema, al tiempo que se constata que éste no va, simplemente, a desaparecer con el tiempo. La Unión Europea prohíbe el uso del lindano al tiempo que se constatan sus efectos sobre la salud.

La apertura de la variante de Sabiñanigo, cortando el vertedero de Sardas, visualizó el problema de una balsa que se rebasaba en época de lluvias. Se descubre los flujos subterráneos en Sardas y Bailín, al tiempo que la palabra "dinaipols" por DNAPL, dense non acuuous phase liquid", una horrible maloliente sopa de benceno y derivados clorados, insoluble en agua, entraba en el vocabulario local. El traslado del acopio de HCH, en Bailin, al aire libre y sin protección, a un depósito de más seguridad, fue proceso que llevó varios años en la construcción, y provocó un repunte en la concentración en la aguas del



Gállego durante el verano de 2014, por encima de normas sanitarias, en un escape que se relacionó con malas prácticas de traslado y el efecto de una tormenta que arrastró unos 50 kilos de sustancia tóxica. El asunto es conocido tarde y mal por la población que bebe esta agua y provoca su lógico enfado. Ésta ha reclamado abastecimientos alternativos, estudios sanitarios y sobre todo, información clara.

Desde entonces se han planteado nuevas intervenciones para intentar mitigar el problema; unas en origen como un proyecto LIFE de investigación para ver qué hacer. Por cierto, la Comisión científica fue desmantelada sin presentar ningún informe escrito a los agentes sociales que lo demandaban. La conclusión del LIFE es que no hay, hoy por hoy, una solución adecuada, al igual que los concursos de compra de tecnología por parte de DGA se acaban traduciendo en peticiones de fondos de investigación por parte de investigadores para hacer experimentos. Al tiempo se retrasan medidas como el estudio de movimiento de partículas en Sabiñánigo para ver cómo afectaría al desmantelamiento del edificio de INQUINOSA. A recordar que se prometió esa demolición en 2017.

Ha habido algunas acciones en el abastecimiento de agua como añadir carbón activo a los filtros de arena

para turbiedad de las poblaciones afectadas pero todo el mundo que puede se ha buscado aguas alternativas de bebida, de botella o manantiales tradicionales. Pero muchos aun cocinan con agua del río. Otras promesas se han quedado en el aire. Lo cierto es que los análisis semanales realizados por la CHE muestran repuntes de HCH en el río, en ocasiones relacionados con temporadas de lluvia.

En los últimos años, hay un debate entre dos sectores. Unos piden airear el problema para acelerar la llegada de fondos para dar soluciones de abastecimiento alternativas y limpiar fábrica y vertederos. Otro, que no discute esta necesidad, aconseja cierta discreción no sea que asusten los turistas y haya un boicot por parte de los consumidores de productos agrícolas regadas con el agua del río o de los tocinos engordados en granjas de la cuenca y de Monegros. De cualquier manera, es evidente que en Europa conocen el problema porque ha salido numerosas veces en la prensa y todo el mundo tiene buscadores de información y, en adición la Comunidad Autónoma de Aragón ha demandado fondos europeos y el problema se ha mencionado en el Parlamento Europeo.

Todo hace pensar que el problema se alargará durante muchos, muchos años.